

Reflexiones, pensamientos e historias

9 de agosto

La piedad y la lealtad no te abandonen; átalas a tu cuello, escríbelas en la tablilla de tu corazón. Así hallarás favor y buena acogida a los ojos de Dios y de los hombres.

Prov. 3,3-4

Un hombre caminaba por el parque hasta llegar a una banca que se encontraba junto a un árbol. Viendo la ocasión para descansar y leer tomó asiento en dicho lugar, entre tanto, aprovechaba para observar a la gente que caminaba y corría en el parque. Un día se percató de la presencia de una joven corredora que asistía puntualmente. Él era un hombre alto, delgado, fuerte, bien parecido; pero tenía un gran misterio, siempre vestía impecable: traje, camisa y zapatos negros. A este aire de misticismo se unía el bolso que cargaba, además llevaba consigo un libro. Leía y de vez en cuando observaba a su alrededor. El Hombre de Negro le decían unos, Demonio le llamaban otros.

Al anochecer se levantaba de la banca, siempre con el mismo ritual, guardando su libro en el bolso y marchándose lentamente con dirección a su departamento. En el trayecto pasaba por una iglesia abandonada, y muy deteriorada. Todas las noches antes de llegar a su casa entraba en ese templo olvidado, encendía una vela y se retiraba. Muchos que lo habían seguido aseguraban que en ese lugar hablaba con diablo y que ahí, se celebraban misas negras. Todo el mito alrededor de aquel hombre era un misterio.

Sin embargo desde que vio a esa dama todo cambió. La miraba correr, entrenar, esforzarse. En ocasiones sentía su mirada, se miraban y le sonreía, pero aquel hombre ni se inmutaba. Pasaron muchos años, aquella joven dejó de ir a correr y aquel hombre seguía con su ritual. Quienes seguían viéndolo aseguraban que parecía no envejecer. Con un libro en mano, su bolso, el traje, siempre igual. A su lado llegó una anciana, enferma, con tos incontrolable, lo vio y ella sonrió, recordaba aquella sonrisa, ¡era la jovencita que corría todas las tardes!

Quedó dormida, acurrucada en aquella banca, había muerto. El hombre dejó el lugar con el ritual acostumbrado dirigiéndose a la vieja iglesia. Al entrar se encontró con una sombra, el hombre se desplomó y quedó a los pies de ese espectro. Mientras tanto, en la banca del parque la mujer recibió un suspiro ¡VIVE!, ella se tocaba el rostro, se miraba las manos, no lo creía, junto a ella estaba el bolso del misterioso hombre, contenía documentos de inmuebles, cuentas bancarias y otros objetos de valor, pero también tenía una foto de aquel sujeto. El hombre misterioso había pactado la vida de aquella mujer, entregó su alma a cambio de regalarle unos años más de vida a la de la que se enamoró.

El amor no necesita ser recíproco, solo ama y da de ti, quien lo recibe será afortunado.

